

LA CASA SIN ALMA

P O R J O S É H U R T A D O

Mari-Tere estaba nerviosa, intranquila. Sus pies breves, exponents del hondo sacrificio a que se obligan por tradición las orientales, golpeaban con pulso y velocidad de telegrafía Morse el entarimado del saloncillo. Su cara moderna, de óvalo perfecto, pegóse a los cristales del mirador volandero... ¡Nada! Aquella calle era la tristeza que contagiaba su espíritu, la soledad que inundaba su corazón.

Así la sorprendió Andrés, que penetró rápido en la habitación y corrió al lado de su esposa. Tras unos instantes de mudo interrogatorio, Mari-Tere, convulsa, entre hipos y sollozos, balbució:

—Mira, esto es insufrible... Yo no puedo más. Me ahogo entre estas cuatro paredes... Tú sales, trabajas, te distraes en el afán diario de una ocupación; pero yo..., aquí..., entre estos muros, ¡voy a volverme loca!

Ante el gesto de asombro e ironía cariñosa con que su marido la contestaba, al tiempo que los brazos aprisionaban la cintura, continuó más nerviosa:

—Sí, sí, riete... ¡Es lo que me faltaba! Pero yo...

—Vamos, mujer—habló, por fin, Andrés—. Tranquilízate. ¡No seas chiquilla! ¿Qué te ocurre...? Hace días vengo observando tu nervosismo; en tus ojos leo una contrariedad, un desasosiego.

Mari-Tere corrió a refugiarse en el sillón frontero y escondiendo su cara entre las manos que crispaba



la inquietud, dió rienda suelta al caudal del llanto. Acudió solícito Andrés, presintiendo tal vez el anuncio de una nueva, no por deseada y esperada, menos temida. Levantó ella el rostro y él bebió con unción las perlas que se desgranaban en el óvalo perfecto.

—Dirás que soy una tonta, una chiquilla... ¡No me importa! Voy a darte cuenta de mi estado de ánimo... Ven, siéntate aquí, a mi lado—y corriéndose mimosa hizo sitio a Andrés.

LA INMACULADA

PASTAS ALIMENTICIAS

HONESTA MANZANEQUE

PROVEEDORA DE

Auxilio Social

CAMPO de CRIPTANA

CIUDAD REAL

TELÉFONO, 105

SIMÓ

Campo de Criptana
(CIUDAD REAL)

Cara con cara, aliento con aliento, Mari-Tere empezó su confesión:

—Para mí, las casas tienen corazón y alma. ¡Sí, sí, no sonrías! Corazón y alma. El primero se lo da la fisonomía, el ambiente del hogar. A su buen funcionamiento contribuyen la comodidad, el gusto, ¡cien detalles pequeños que casi no vemos y que ponen su ritmo normal en la vida del hogar! Por ello, aquellas casas desordenadas, faltas de estilo y comodidades—éstas caben en los hogares más humildes—carecen de corazón y, en ellas, se hacen desgraciados sus moradores, pues la mitad de la felicidad ha de salir de ese órgano que cuando se para nos sume en el más allá tan temido por los que carecen de fe...; pero esto no es todo.

El hombre incorporó un poco el busto y miró fijamente a su mujer. No sabía si admirar aquella filosofía tan verdadera, o temer por la razón de Mari-Tere. Esta prosiguió:

—Aquí, en nuestra casa, tenemos comodidades: las habitaciones, sencillas y elegantes, están agrupadas en un estilo que no encajará dentro de ninguna clasificación doctrinal, pero que sirve para el uso diario... Hay orden, limpieza, rincones agradables para coser, leer y soñar... Pero nos falta el alma. ¿Comprendes?

Nuevamente Andrés se inclinó y, más cerca de su mujer, sus manos aprisionaron aquella cara, llenándola de besos.

—¡Chiquilla, chiquilla...!—la dijo en un descanso de los labios—¡No seas así, no debes ser así! Tu romanticismo—¡bendito sea éste cuando es la antítesis de ese materialismo puesto en boga!—, tu romanticismo me hace quererte más, ¡mucho más!, si ello es posible... ¡Que

no tiene alma esta casa! ¿Y la tuya y la mía? ¿Y la nuestra?, puesto que es una sola... Nuestro cariño, la fidelidad, el conocimiento mutuo de nuestras pequeñas faltas, es el alma de esta casa, ¡de nuestra casa! Tu nervosismo de estos días, la excitación de hoy... ¡es alma!, y de ella están impregnadas estas cuatro paredes... Vamos, sé razonable; seca esas lágrimas y ten tranquilidad.

—¡No, no puedo! Tú confundes las cosas... Me hablas del alma, de la nuestra. Yo te hablo del alma de la casa, de aquella peculiar suya que está entre sus muros, la cual no podemos darle nosotros... Ven; asómate al mirador... ¿Ves...? ¡Por aquí tiene que entrar el alma de la casa! ¿Entiendes ahora?

Andrés encogió los hombros en un gesto de incompreensión.

—Claro, no comprendes... Lo poco que paras en casa, debido a tus trabajos, no te permite darte cuenta. Escucha: el alma, como sabes, es espiritual, no es algo que vea-

